

# Mensajero del Archivo Histórico

*Juan Agustín de Espinoza, SJ*  
de la



Vicerrectoría Académica  
Torreón, México. 30-III-2006

Buzón electrónico: [sergio.corona@lag.uia.mx](mailto:sergio.corona@lag.uia.mx)

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

**Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals**

[http://www.unesco.org/webworld/portal\\_archives/pages/Internet\\_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml](http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml)

**Ediciones anteriores del Mensajero:**

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, SJ. Rector  
Mtro. Felipe Espinosa Torres, SJ. Vicerrector Académico  
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

## Número 88

# ÍNDICE

	página
<b>1892: los nacionales y los extranjeros en Torreón</b>	<b>2</b>
<b>El Mostrador. Los <i>cincomil</i> años... de Carlos Prieto</b>	<b>7</b>
<b><i>El canal de La Perla</i>. Comentario a la 2ª edición</b>	<b>11</b>
<b>Libros del Archivo Histórico</b>	<b>15</b>

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.torreon.gob.mx/imdt/index.php>

Comité editorial del "Mensajero": Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Edgar Salinas Uribe. Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Lic. Julio César Félix, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

## 1892: LOS NACIONALES Y LOS EXTRANJEROS EN TORREÓN.

Dr. Sergio Antonio Corona Páez <sup>1</sup>

En 1892, Torreón era una congregación que apenas llegaba —en números redondos— a los 2,800 habitantes. No sería sino hasta el año siguiente que sería erigida en villa, y finalmente, en 1907, alcanzaría la categoría de ciudad.

Su origen como población se remonta a un período que comprende los años 1850-1855, como lo indican las primeras referencias documentales sobre la existencia del “rancho del Torreón”, una de las propiedades del matrimonio Zuloaga-Ibarra.<sup>2</sup> Esto significa que en realidad Torreón cuenta con poco más de 149 años de existir como asentamiento humano moderno, habitado de manera ininterrumpida.

Los pobladores originales (fundadores) del rancho eran laguneros de vieja cepa.<sup>3</sup> El proceso de migración y crecimiento demográfico se dinamizó en 1883, y luego en 1888, con la llegada de las líneas del ferrocarril. Comenzó a llegar a Torreón gente de Zacatecas, de Aguascalientes y de otros estados de la república con fácil acceso al transporte ferroviario.

Volviendo al año de 1892, diremos que resulta de particular importancia para la historia de Torreón, porque en ese año se levantó un censo de sus habitantes. El documento original se conserva en el Archivo General del Estado de Coahuila en Ramos Arizpe.<sup>4</sup> Su carátula dice “Expediente 5,467 relativo al censo de la Congregación del Torreón. 1892.”. El documento fue enviado al secretario de gobierno del estado en el oficio 1511 firmado por el titular de la Jefatura Política de los Distritos de Parras y Viesca, el 21 de septiembre de 1892.

Este censo es muy revelador para la historia étnica de Torreón. A 40 años de haber sido fundado, tenía apenas 2,800 habitantes. Y de esos, sólo unos cuantos eran de

---

<sup>1</sup> Doctor en Historia por la UIA-Santa Fe, coordinador del Archivo Histórico de la UIA-Torreón, científico social y académico en la misma institución, Cronista de Torreón.

<sup>2</sup> Carta de Leonardo Zuloaga a Santiago Vidaurri de fecha del 19 de abril de 1856, en Leticia Martínez Cárdenas (compiladora). *La Región Lagunera y Monterrey. Correspondencia Santiago Vidaurri-Leonardo Zuloaga. 1855-1864.*

<sup>3</sup> Sergio Antonio Corona Páez. *La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicentenario.* Universidad Iberoamericana Torreón, Torreón, 2005, pp 111-112.

<sup>4</sup> Fondo Siglo XIX, caja 18, folder 9, expediente 1, 40 fojas. Copia en el Archivo Histórico JAE de la UIA-Torreón.

origen extranjero. Entre éstos se contaban Adolfo Aymes, ciudadano francés de 40 años de edad, nacido en 1852 en “Pierrerne, en los Bajos Alpes”<sup>5</sup>. En el censo aparece catalogado como “Yndustrial” porque era socio de los Veyán, dueños de la fábrica de hilados y tejidos “La Constancia”, de la cual Aymes había sido originalmente sólo un empleado. Otros extranjeros eran Juan Ling, de 33 años, soltero, cajero de ocupación; Esteban Coopwood, de 30 años de edad, bombero de ocupación; G. Reifierre, de 29 años, maquinista; Guella Reifierre, de 23 años (sexo femenino); James Riher, de 26 años, supervisor; “Ellen” Fisher, de 38 años (sexo femenino); Guillermo Yee, de 30 años, operario; Absalón Better, de 50 años, carpintero; Charles “N”. de 36 años, cocinero; A. Thumey, de 20 años, operario; M. Cole, de 24 años, telegrafista; J. Walker, de 23 años, agente; Emma L. Walker, de 22 años, “trabajador”; A.J. Acres, de 25 años, empleado; L. Ling, de 18 años; Youone L. Ling, de 28 años, cocinero; Yorzas M. Brown, de 30 años, “Ynspector”; Castwood, de 37 años, conductor; Sandi F. Bate, de 45 años, maquinista; Jaan H. Clever, de 42 años, conductor,<sup>6</sup> Juan Bates, de 44 años, casado, mecánico.

Encontramos entonces un grupo muy pequeño de presuntos (o comprobados) extranjeros entre 2,800 personas de apellidos castellanos, la inmensa mayoría muy comunes en los asentamientos coloniales laguneros. Estimamos un máximo de 2% de ciudadanos extranjeros —comprobados o probables— entre la población que registra el censo de Torreón de 1892.

Las ocupaciones de los extranjeros mencionados denotan por lo general cierto grado de confianza patronal en sus personas, (de cajeros a sirvientes) o bien, de especialización tecnológica o culinaria. Solo tres o cuatro tienen la categoría de “industriales” por estar relacionados con el capital de la fábrica de hilados y tejidos “La Constancia”.

Entre los nacionales había comerciantes, labradores, jornaleros, operarios, sastres, músicos o filarmónicos, panaderos, caldereros, carreros, jarcieros, artesanos, empleados, mozos, zapateros, mecánicos, ingenieros, herreros, curtidores, carpinteros, meseros, sirvientes, maquinistas, albañiles, tenedores de libros (contadores), obrajeros.

---

<sup>5</sup> *Album de la paz y el trabajo*. Original en el Archivo Histórico JAE de la Universidad Iberoamericana Torreón.

<sup>6</sup> Por el texto del censo, resulta evidente que quienes lo levantaron no estaban acostumbrados a la grafía de apellidos extranjeros. Es difícil adivinar la grafía que en su idioma original pudieron haber tenido. Aún así, se presentan los nombres y apellidos para su consideración.

Se puede decir pues que durante sus primeros 42 años de existencia, Torreón era básicamente una población compuesta por nacionales, y en gran medida, por nacionales de origen regional.

Pasemos a revisar los antecedentes genealógicos de algunas de las familias incluidas en este censo de 1892.

Con el número de control 199 de dicho censo, tenemos a Andrés Lira, de 21 años de edad, soltero, labrador de ocupación. De acuerdo a nuestras investigaciones genealógicas, Andrés nació el 3 de febrero de 1873 en Matamoros, Coahuila, donde fue bautizado al día siguiente en la parroquia de Nuestra Señora del Refugio. De acuerdo al libro de bautismos 1870-1875 de dicha parroquia, sus padres eran “Vicente Lira” y “Francisca González”.<sup>7</sup> Esta filiación la confirma el censo de 1892, ya que con el número de control 196 aparece “Visente Lira”, de 80 años de edad, casado, labrador, mientras que el siguiente número de control, el 197, corresponde a “Fran[cis]ca Gonsález”, de 60 años de edad, casada. Es decir, en Torreón vivían Andrés y sus padres. Es importante que comprendamos que Vicente —torreonense por adopción— nació en 1812, cuando se promulgó la Constitución de Cádiz en el Imperio Español, y que su esposa Francisca nació en 1832, cuando Texas era parte integral de Coahuila. Es decir, este matrimonio constituye un verdadero puente cultural entre los laguneros coloniales y los torreonenses de finales del siglo XIX y primera mitad del XX. Además de Andrés Lira González aparecen mencionados sus hermanos Dominga (16 años), Bruno (12 años), Lorenzo (9 años) y María (11 años).

Otro caso análogo está constituido por Félix Guerrero, con número de control 62, quien de acuerdo con el censo tenía 26 años en 1892, casado, jornalero. Estaba casado con Salomé García (censo, número de control 63) la cual tenía 19 años de edad. De acuerdo con las fuentes genealógicas, Félix había nacido en el mismo Torreón en 1870 (lo cual haría que tuviera 22 años y no 26). Se habría casado con Salomé en 1890, y lo más interesante, Félix sería hijo de Francisco Guerrero y Antonia Alvarado, pobladores de Torreón casados en 1869. Antonia Alvarado habría nacido en el rancho del Torreón a mediados del siglo XIX,<sup>8</sup> es decir, pertenecía a la primera generación de torreonenses.

---

<sup>7</sup> Parroquia de Nuestra Señora del Refugio de Matamoros, Coah.. Libro de Bautismos 1870-1875. Santos de los últimos Días (SUD): rollo de microfilm C601651. Partida del 4 de febrero de 1873.

<sup>8</sup> SUD, información registrada en 1991.

Otro caso similar sería el del matrimonio conformado por Natividad Granados y de Refugio Martínez, con los números de control del censo 334 y 335, respectivamente. Se trataba de Natividad Granados Díaz y de María Refugio Martínez Chávez, cuyo hijo, José Tiburcio, nació en la jurisdicción de Viesca, Coah. el 8 de agosto de 1852. Los cónyuges se casaron en la capilla de la Hacienda de Avilés, (antes Villa Juárez, a la orilla del Río Nazas y a poca distancia de Lerdo, Dgo.) el 22 de enero de 1843.<sup>9</sup> Una hija del mismo matrimonio lo fue “María Ysabel Granados” la cual fue bautizada en la parroquia de Santiago, en Viesca, Coah. el 10 de noviembre de 1847 (época de la invasión norteamericana). Ella era hija de “Natividad Granados” y de “María del Refugio Martínez”.<sup>10</sup> Debemos recordar que los primeros torreoneses se bautizaban en Viesca, y posteriormente, en Matamoros, hasta que en 1894 se creó la primera parroquia torreonesense, la de Guadalupe.<sup>11</sup>

Doña María del Refugio Martínez Chávez nació a su vez en “Río de Nasas” jurisdicción de Mapimí, Dgo. en 1821, y era hija de Eusebio Martínez y de Felipa. Eusebio su padre nació en el mismo lugar que ella, “Río de Nasas”, jurisdicción de Mapimí, en 1795.

Natividad Granados Díaz habría nacido en 1821 en el “Río de Nasas”, jurisdicción de Mapimí, Dgo. y era hijo de Pedro Granados y Juana Díaz.

De acuerdo con el censo de Torreón de 1892, Natividad tenía 70 años, y de acuerdo con los registros genealógicos, 71; es decir, nació el año de la consumación de la independencia de México o bien el año en que Agustín de Iturbide fue proclamado emperador de México.

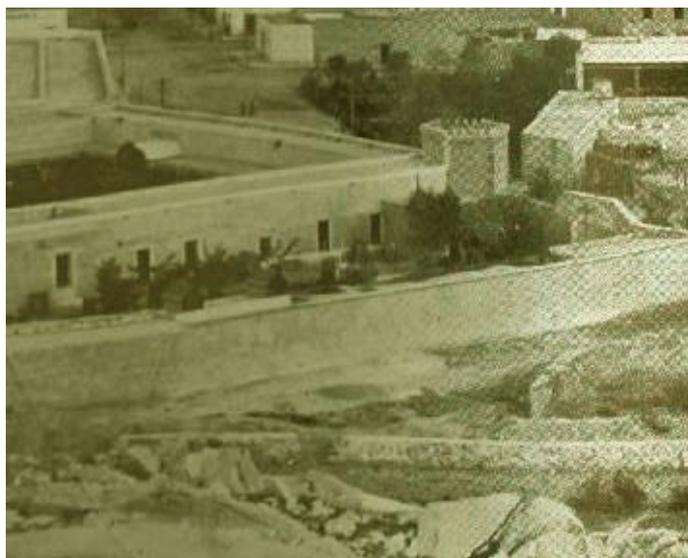
En conclusión, la información anterior nos muestra que el rancho, luego congregación del Torreón, estuvo en buena medida habitado y defendido por gente de la misma región que conocía lo que era la vida en las márgenes del río Nazas, gente que conocía los peligros del desierto y de los indios salvajes. Estas personas trajeron consigo una cultura de raigambre lagunera y colonial. La investigación genealógica nos permite conocer los orígenes precisos de las personas que aparecen como pobladores de Torreón en 1892, y ya algunos de ellos eran torreoneses de segunda generación.

---

<sup>9</sup> SUD, información registrada.

<sup>10</sup> SUD, Microfilm C024897, libro de bautismos de Viesca.

<sup>11</sup> Corona Páez, *Op.cit.* p. 115.



**Viejo casco del Rancho del Torreón (en 1909)**

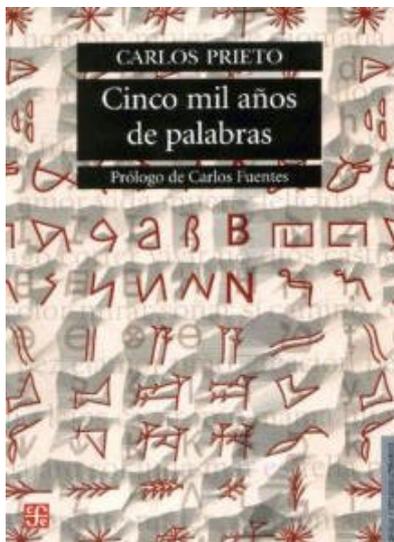
Por otra parte, la revisión del mismo censo de 1892 permite inferir que eran familias extensas (matrimonios, hijos, tíos, primos, todos con sus respectivas familias) las que venían a poblar el rancho y congregación del Torreón. Por lo que se ve hasta 1892, el peso del poblamiento y defensa de Torreón descansaba en los connacionales. Como hizo la Corona española con un pueblo lagunero en circunstancias similares (Parras, 10 de febrero de 1738) el gobierno estatal de Coahuila liberó de impuestos municipales y estatales a los vecinos de la Congregación del Torreón (decreto del 22 de noviembre de 1890) con el objeto de favorecer la inversión, la migración y el desarrollo económico.<sup>12</sup> Muchos hombres de negocios, profesionistas y políticos mexicanos comenzaron a invertir y a promover la región.<sup>13</sup> El coronel Carlos González, Luis M. Navarro, Lic. Miguel Cárdenas, los hermanos González Treviño, los hermanos de la Peña, Lic. Luis García de Letona, el Ing. Claudio Juan Martínez, el señor Gil Ornelas, por citar solamente algunos nombres.

---

<sup>12</sup> Curiosamente, 1890 fue el mismo año en que entró en plena vigencia legal la constitución de aquellas sociedades mercantiles conocidas como “anónimas”. Excención de impuestos y la posibilidad de establecer lucrativas sociedades con responsabilidad limitada fue un enorme atractivo para los inversionistas. Si a esto se suma la posibilidad del transporte barato (ferrocarril) entonces tenemos la fórmula que disparó el galopante desarrollo torreonense.

<sup>13</sup> Basta con dar un vistazo a los nombres de los magnates torreonenses de los que da cuenta el *Album de la Paz y el Trabajo*:

## EL MOSTRADOR



LOS CINCO MIL AÑOS...  
DE CARLOS PRIETO

JAIME MUÑOZ VARGAS

Lo escuché en vivo por primera vez en la sede del Seminario de Cultura Mexicana del DF. Era el 2000. El artista y su violonchelo, una joya casi viva, interpretaron varias piezas de cuyo título en este momento no puedo acordarme. Lo que sí retengo en la memoria es la condición hipnótica, envolvente, de la música que generaba ese instrumento cuando el arco acariciaba, con absoluto dominio, las tensas cuerdas. No sé si me prejuicié demasiado el hecho de saber que aquél era un instrumento secular armado por el más famoso fabricante de la historia, o si era abrumador estar ante las manos, a cinco metros de distancia, de uno de los mejores ejecutantes del mundo en la actualidad, el caso es que de golpe entendí la dimensión casi inhumana de ese espectáculo, la integración plena del hombre con la música, de Carlos Prieto con su violonchelo (o con “Chelo Prieto”, que así también se le conoce).

Al final del concierto quise felicitarlo, pero en el tumulto apenas pude colar mi mano para recibir un apretón. El rostro de Carlos Prieto era una sonrisa permanente, la sonrisa de un niño. A todos saludaba el maestro con gentileza, sin una sola pose que delatara soberbia o fastidio. Esa noche, al hojear un *Anuario* del Seminario de Cultura Mexicana, encontré y leí el ensayo donde él narra el nacimiento, los viajes y la llegada a su regazo del instrumento que ahora lo acompaña a todos lados. Supe desde ese

momento, entonces, que Carlos Prieto, además de ser un genio de la interpretación, era también un escritor de prosa pulcra, lo cual no es muy frecuente entre quienes han elegido el camino del pentagrama.

Pero si aquella narración me tomó por sorpresa, cuando supe que el maestro Prieto había escrito, y publicado en el FCE, un libro de corte histórico-lingüístico me fui, como se dice, “para atrás” hasta tocar los territorios de la incredulidad. ¿Es el mismo Carlos Prieto o se trata de un homónimo? Sí, el autor de *Cinco mil años de palabras* es el hombre que ha llenado los mejores teatros del mundo y que ha tocado con las más encumbradas orquestas del planeta. Ese magistral intérprete, Carlos Prieto, es pues exactamente el mismo que ahora nos regala con un libro escrito en clave divulgativa y, por tanto, espeso de generoso y muy asimilable conocimiento. Hay mucho qué decir sobre esta obra.

Hay mucho qué decir, en efecto, pues un libro de esta naturaleza se deja observar por innumerables ventanas. Definir el género y la especie en los que se inscribe es, creo, más o menos sencillo: *Cinco mil años de palabras* es un ensayo, como dije, de corte histórico-lingüístico que, sin renunciar a la severidad documental demandada por su campo de estudio, busca a un lector no especializado, al lector de a pie que de seguro encontrará el periplo ameno y aleccionador, como se exige a un trabajo de su índole. No es pues un tratado seco, no un asedio escrito en el tono a veces esotérico de los estudios superespecializados en lingüística, sino bien estructurada y veloz biografía del lenguaje en general y, en particular, de varias de las lenguas más representativas de la historia reciente (aunque aquí el término “reciente” se refiere a miles o cientos de años).

No exagero si digo que *Cinco mil años de palabras* es un libro fascinante, y lo es por razones misceláneas. Carlos Prieto se ha tomado el trabajo de escudriñar en una montaña documental para, con aguda inteligencia, entregarnos la almendra, el diamante último tallado de la piedra, diamante en cuyas facetas resplandece una idea panorámica del lenguaje y de las lenguas, que es como decir del hombre y de la civilización, pues no otra cosa son los signos que, orales o escritos, han hecho posible la conciencia de lo que somos y de lo que hemos hecho.

Como el pan —no podría ser de otra manera en un libro referido a la palabra, acaso la más maravillosa de las criaturas humanas— este libro es bueno en cualquiera de sus páginas. Aunque es innecesario, retaría a los escépticos: abran el volumen en cualquier página, dejen que la mirada vague al azar por los renglones y seguro

encontrarán un dato suficientemente rico, significativo, digno de figurar en cualquier conversación culta. El tema es inabarcable, pero da la impresión de que nuestro máximo músico ha logrado reunir el conocimiento básico para que cualquiera entienda bien a bien por qué habla lo que habla y por qué escribe lo que escribe. Así como don Antonio Alatorre resumió a grandes y prodigiosas zancadas el currículum vital del español —sus famosos mil y un años del castellano—, el maestro Prieto hace lo propio no con todas las lenguas, pero sí con aquellas que están más cerca, por razones más históricas que geográficas, de nosotros, hispanohablantes del siglo XXI.

He insinuado ya que la estructura de este libro es perfecta, aseada, en verdad una bella sinfonía de quince estancias. Luego del prólogo, encomendado lujosamente a Carlos Fuentes, el autor dedica dos trancos a responder la primera pregunta que subyace en todo estudio sobre el lenguaje y la lengua: ¿de dónde y desde cuándo proviene la facultad que sólo tiene el hombre para articular signos complejos que le sirven para edificar cultura? Cimiento de lo que vendrá luego, estos dos capítulos remontan su mirada a la penumbra de nuestro origen como *Homo sapiens*, a nuestro nacimiento en algún punto inhallable del África central. Allá, en ese remoto Allá, entre los gruñidos que gracias al desarrollo del aparato fónico poco a poco se convirtieron en palabras, los primeros humanos comenzaron “la fantástica aventura de conquistar el idioma”, como dice el maestro Prieto sobre el desarrollo de la palabra en los bebés, que es lo mismo que decir el desarrollo de la palabra entre los hombres que nos precedieron hace 130 mil años.

Luego de aquel acontecimiento que fue embrión de todo lo que vendría después para el ser humano y al margen del mito babélico, las migraciones crearon la diversidad de las lenguas y con ello la heterogeneidad de las culturas. Dado que es imposible abordarlas a todas, a partir del capítulo tres y hasta el trece el autor destaca, exuberantes datos mediante, la vida y la suerte, entre otros, del latín y las lenguas romances (incluidas las menos conocidas como el sardo, el retorromance y el dálmata). Carlos Prieto nos entrega asimismo las biografías sintéticas del inglés, del ruso y de la familia afroasiática (egipcio faraónico, acadio, arameo, fenicio, árabe, hebreo y yiddish). Capítulo de suyo interesante es el dedicado a “Las lenguas de América”, lenguas que no por regionalizadas dejan de ser importantes sobre todo para los latinoamericanos.

Con dos remates concluye el viaje del autor: uno sobre los números y otro sobre el “Origen y la evolución de algunos términos musicales”. Así como es imposible decir todo sobre el tema en 274 páginas, cuatro cuartillas no pueden describir a cabalidad los

contenidos de un libro como éste. Me conforma reiterar, en trazos generales, lo que señalé al principio: *Cinco mil años de palabras* es el un asombrado periplo por la más asombrosa de las herramientas creadas por la facultad del lenguaje en el hombre, las palabras que, como dice Fuentes, “pueden ser el conducto que salva a las propias palabras de su condición consuetudinaria y las convierte en oro de la poesía y el pensamiento”. Si esa poesía es o quiere ser música verbal, y si con Borges recordamos que todas las artes aspiran a la condición de la música, ya no me parece extraño que un gran músico haya escrito estas letras de molde sobre el pentagrama de la historia humana.

Es muy gratificante ingresar a este concierto de palabras. Lo recomiendo ampliamente.

*Cinco mil años de palabras*, Carlos Prieto, prólogo de Carlos Fuentes, FCE (Colección Lengua y estudios literarios), México, 2005, 274 pp.



*El Canal de la Perla. La Laguna en el ámbito regional: agua, irrigación y economía en los siglos XIX y XX. Autor: Carlos Castañón Cuadros.*

**Comentario a la 2ª edición**

por

**J. EDGAR SALINAS URIBE**

Suele ser la metáfora el recurso apropiado para volver asequibles al gran público las acepciones técnicas que las ciencias generan. La historia, en tanto disciplina de estudio, comparte la vocación profunda de toda ciencia, y sobre su pertinencia vale el uso metafórico de las palabras de Bartolomé de Alva, presentes en su *Confesionario mayor y menor en lengua mexicana* escrito en 1634:

“Ahora pues, óyeme y abre los ojos de tu entendimiento, que quiero con breves y concluyentes razones, despertarte del profundo sueño de ignorancia en el que estás” (Corcuera: 1994, 107)

La historia, asumida en este sentido, sería sobre todo un arma contra el sueño; pero no aquel sueño que nos permite discurrir por mundos fantásticos y recobrar los ímpetus para el día siguiente, sino de aquel otro que nos cubre con el idiotizante velo de la ignorancia. La historia es, entonces, permanente vigilia y quien escribe historia se convierte en vigilante, es decir aquella persona que examina, inspecciona y cuida;

aunque para algunos, el historiador sea aquel que al destrozarse mitos y moler a palos lugares comunes se convierte en el heraldo que viene a decirnos “ tengo una mala noticia, no fue de casualidad...”. Y entonces explica, interpreta y aventura hipótesis.

Carlos Castañón Cuadros, preseado Magdalena Mondragón otorgado por su ciudad en el año 2005, gracias a una labor de disciplinada investigación, en poco tiempo se ha erigido en vigilante capaz de atravesar opiniones y lugares comunes en torno a la historia regional, generadas por racimos en este nuestro desierto y divulgadas en escritos sin el rigor científico que amerita el tema. Amigo confeso de la lectura y del rastreo que otea el pasado sin mayor pretensión que arrancarle alguna de sus esquirlas que nos tiene ocultas, no por avaricia sino porque pocos se habían atrevido a discurrir en una disciplina humanista en estos lugares donde todavía se valora de manera mezquina el campo de las ciencias sociales y las humanidades, Castañón Cuadros ha ido haciendo del ejercicio vocación para beneplácito de quienes gustamos del rigor científico en la historia.

La oportunidad del libro de Carlos es incuestionable. El tema es uno de esos que le han dado forma a esta Comarca desde hace más de cuatro siglos. Si bien específicamente se refiere al “Canal de la Perla”, el texto representa un completo preámbulo para una discusión seria en torno al recurso estratégico más importante en los años por venir: el agua.

Nos refiere el autor que en 1926, en el Casino de La Laguna, la Asociación para el fomento de una presa sobre el Río Nazas concluyó que una de las ramas de la problemática del agua era:

“La imposibilidad de hacer una distribución equitativa en la actualidad”  
(Castañón: 2004, 51).

Esta conclusión bien podría valer, en lo que tiene de sentido para la sustentabilidad de la región, para el día de hoy. De ahí que este texto, repito, resulte central para plantear, con antecedentes bien fundados, lo estratégico del recurso no sólo durante la infancia y adolescencia de la Comarca, particularmente de la zona metropolitana, sino en cuanto a la viabilidad para llegar a una madurez sostenible.

Castañón Cuadros bien podría ser ejemplo del *anti-villano* que Ortega y Gasset prefiguró dentro del gremio de los historiadores. En el prólogo que hace a uno de los libros más bellos, si no el que más, de filosofía de la historia, me refiero a *Lecciones de filosofía de la historia universal*, de Hegel, el filósofo español escribió:

“Yo creo firmemente que los historiadores no tienen perdón de Dios. Hasta los geólogos han conseguido interesarnos en el mineral; ellos, en cambio, habiendo entre sus manos el tema más jugoso que existe, han conseguido que en Europa se lea menos historia que nunca” ( Salinas: 2003, 9)

Por eso los historiadores serían villanos imperdonables, por aburridos y porque además hasta las ganas de leer quitaban. Pues bien, esta noche estamos celebrando precisamente lo contrario, que un joven historiador ha hecho que muchos laguneros lean historia al grado que la primera edición de su libro se ha agotado, y no precisamente por cansancio sino por abundancia de lectura.

“El caso de la hacienda de La Perla y su nombrado canal, - escribe Castañón Cuadros- representa, en su contexto histórico, un punto, más bien modesto, del acontecer económico de la región. La importancia de hablar del canal de La Perla no está tanto en la estética, ni en la magnitud de su construcción, tampoco en los diseños de la obra y sus respectivas fechas de creación. Lo significativo está en la representación del transcurso en que la Estación Torreón crece hasta convertirse en lo que ahora es la ciudad, es decir, la confluencia temporal entre lo antiguo y lo moderno, lo rural y lo urbano, lo escaso y lo abundante.” ( Castañón: 2004, 90)

La lectura del texto de Carlos, deja precisamente esa sensación: estamos no necesariamente ante una discurso acerca del Canal de la Perla, sino a una serie de discursos confluentes que nos muestran a modo de pinceladas varios temas del devenir local: el nacimiento y rápido desarrollo de la mancha urbana; la todavía ineficiente división político- administrativa de la región, la disputa entre personas y grupos de interés por el control del agua y el vigor económico de la región, entre otros.

Quizá allí la principal virtud del texto. Al pretexto formal – dar cuenta de los resultados de una investigación sobre el Canal de la Perla- se le agrega hasta nutrirlo de manera vigorosa una serie de datos, información, interpretaciones, relaciones y conclusiones que dan como resultado un documento indispensable para ubicar temas sobre los cuales quienes somos hospedados por este generoso desierto debemos seguir dialogando porque en ello se va la viabilidad y sustentabilidad de nuestro futuro como región, por ejemplo el agua y también el incansable crecimiento de la zona metropolitana.

Celebro esta segunda edición de El Canal de la Perla. Celebro también que se lea, que se lea historia, porque la que se escribe finalmente constituye memoria, huella, oportunidad para, como dice José Alfredo Jiménez, no caer en los mismos errores. La historia escrita de este modo es saludable y además nos permite saltar, si así lo acatamos, por encima aquellos pueblos esbozados por León Felipe en su poema *El Salto*:

Somos como caballo sin memoria  
Somos como un caballo  
Que no se acuerda ya  
De la última valla que ha saltado.

Venimos corriendo  
Por una larga pista de siglos y de obstáculos.  
De vez en vez, la muerte... ¡ el salto!  
Y nadie sabe cuántas  
Veces hemos saltado  
Para llegar aquí, ni cuántas saltaremos todavía  
Para llegar a Dios que está sentado  
Al final de la carrera...  
Esperándonos.

Lloramos y corremos,  
Caemos y giramos,  
Vamos de tumbo en tumba  
Dando brincos y vueltas entre pañales y sudarios.

Referencias:

Castañón Cuadros, Carlos. *El Canal de la Perla: La Laguna en el ámbito regional: agua, irrigación y economía en los siglos XIX y XX*. Instituto de Documentación y Archivo Histórico Eduardo Guerra, Torreón, 2004.

Salinas Uribe, José Edgar. *Memoria y recuerdo: microhistoria de Ayotitlán*. ITESO, Secretaría de Cultura de Jalisco. Guadalajara, 2003.

**Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:**

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>

**LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE**

**1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

**Otros**

**La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicentenario.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 70.00